



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

ERNESTO PSICHARI

HAY una generación cuya evolución es profundamente interesante; es la que alcanza los veinte años alrededor del 1900. Salida del cientificismo ateo y determinista, conocedora del pesimismo moral y del diletantismo, pretendía consolarse en los placeres estéticos o en las sensaciones rebuscadas. Generación que había conocido el pesimismo intelectual en la anarquía de los sistemas filosóficos y sociales, quería a pesar de todo, con todas las fuerzas del alma, como por necesidad, alcanzar el amor y la verdad.

En estos momentos nuevos pensadores destruyen con la ayuda de lo que llaman la intuición el dogmatismo científico y dan al hombre el sentido del misterio y de la libertad. Esa fué una etapa. La "élite" de los jóvenes aspiraba a más, a encontrar las "realidades espirituales"; llenos de sed de acción y de ideal, sólo anhelan La Verdad. Un hombre representa esta generación; es Psichari.

La generación que le precedió fué la de Taine y Renan, que fué su abuelo por parte de madre. Nace en 1883; su padre Juan Psichari, profesor de Filología Bizantina en la escuela de Estudios Superiores, de acuerdo con su esposa, la hija de Renan, resuelve educarlo lejos de todo sentimiento religioso, pero su abuela, que era griega ortodoxa, lo hace bautizar en su rito, siendo éste el único contacto que tiene con los sacramentos.

Sus estudios fueron regulares. Es alumno de Bergson en la Sorbona, donde estudia Filosofía. En 1897 conoce al amigo que ocupará el más grande lugar de su corazón, Jacques Maritain, un año mayor que él, quien sin ser compañero de clase lo encuentra constantemente, llegando a decir: "lo que él hace, yo lo hago". Los dos rivalizan en un socialismo vago y generoso; "ir al pueblo... educarlo..." Los intelectuales tenían dulces ilusiones sobre la eficacia de las universidades populares para moralizarlo. Psichari y su amigo vivían de ideas más avanzadas, distinguiéndose por su idealismo presuntuoso y militante, teniendo controversias apasionadas por el solo gusto de agitar las ideas y de desconcertar con las paradojas.

La lectura de los libros de su abuelo lo emociona, pero no sufre su influencia; su pensamiento, poco después de conocer a Bergson, reacciona contra ese intelectualismo. Durante sus estudios, el proceso Dreyfus está en pleno debate; en la casa paterna se reúnen todos los del grupo de Clemenceau y de "L'Aurore", y Ernesto se vuelve antimilitarista y marxista, pero al darse cuenta luego que sus ideales estaban puestos al servicio de aprovechados y políticos, sufre una decepción y reacciona con violencia contra Combes y Anatole France. Su dreyfusismo había sido místico e idealista.

En estos años tiene su primer contacto con la idea de Dios; durante las vacaciones lee a Bossuet y Fenelón para adquirir cultura literaria. Lo mismo hace con el Evangelio. Su lectura hecha con aturdimiento tiene un resultado que no lo imagina: en el desierto, años después, donde no había llevado el texto, lo recuerda casi de memoria. Intima también con Péguy cuando éste publicaba sus primeros panfletos sobre el asunto Dreyfus. Péguy representó en la juventud que lo elogiaba y admiraba el impulso del idealismo; años más tardes, Psichari habría entrado en el Santuario mientras Péguy quedará en el pórtico de la Catedral.

Renunciando a la enseñanza y al arte literario, contemplando su vida sin orden, se vuelve a la milicia, prefiere el cuartel y la tropa a los trabajos intelectuales, que son el honor de su familia. En él ve una manifestación espontánea de idealismo; y en el cuartel se produce el cambio. Sin abdicar su inteligencia, toma conciencia de lo que le falta; esto le brinda la oportunidad de un primer viaje de exploración a tierras del Africa, donde su alma de artista pasa de los detalles del viaje a la meditación, escribiendo sus célebres "Terres de Soleil et de Sommeil" que son las experiencias de un pagano. Esta fué la primera etapa, íntimamente ligada a las que siguen, necesaria para comprenderlo.

El contacto con "Los Bárbaros" no le da la certidumbre religiosa, que por otra parte no buscaba, pero le quita tantas futilidades que la culta civilización había cargado a su alma.

A principios de 1910, ya subteniente, vuelve a la Mauritania que le inspira "L'Appel des Armes". Libro comenzado en el ardor de los veintiseis años, nos muestra al autor al servicio de su patria, siguiendo una ruta que debería conducirlo hacia la grandeza. Es un nuevo progreso.

La tercera y última etapa está señalada por "Le Voyage du Centurion"; viaje doloroso y magnífico del honor nacional y del sentimiento de la grandeza militar que conduce a Psichari a las fronteras del cristianismo. No tiene fe, pero día a día se pone en condiciones de recibirla. La buena voluntad, la humildad, la oración, le han alcanzado una necesidad nueva de amor que nada satisface, y que sólo Dios podrá colmar. "Yo tengo más necesidad de amor que de luz", escribe en una carta a Maritain.

Vuelto a Francia, Maritain le pone en relación con el célebre dominico, R. P. Clerissac (el autor del "Misterio de la Iglesia") hombre ardiente, de espíritu sólido y gran corazón que acaba de instruirlo; la oración, la liturgia, el amor a la Virgen que su abuelo no pudo sentir, terminan la obra de gracia, y el 4 de febrero de 1913 hace una confesión general en la capilla de la casa de Maritain. Luego la confirmación, la comunión y una peregrinación a Chartres, de acción de gracias.

Una sola preocupación le queda: "ser un santo". Su alma exulta: "me parece que ahora tengo otra alma".

Entra luego en la Tercera Orden de Santo Domingo y con el escapulario, que no se quitará hasta la muerte, diez meses después, el 22 de agosto de 1914, después de doce horas de terrible combate, el teniente Psichari, en los Ardenes de Bélgica, cae con una calma sonriente, la cruz de su bautismo al cuello, en las manos el rosario sobre el cual sus labios ahora lívidos desgranaron tantas oraciones, cadena de unión salvadora con Dios, supremo testimonio de su fe y esperanza.

Del prólogo de Paul Bourget a El Viaje del Centurión.

PARA que un libro sea bello, de una belleza superior, no es suficiente que posea esta fuerza del hecho. Es necesario que el hecho tenga un valor. Y lo tiene siempre que a su través alcanzámos el fondo de un corazón humano. Jamás he comprendido más claramente que leyendo este Viaje del Centurión, el valor de aquella intrépida franqueza que os dice: "Yo soy así". Por una ley que a primera vista desconcierta, cuanto más intensamente afirmamos nuestra personalidad, más se encuentran los demás en nosotros. La gama de las mentalidades no es, en efecto, muy extensa, y en cuanto penetramos en la psicología profunda, no hallamos ya la variedad sino la unidad, la identidad. Sigamos al analista del Viaje en esta labor de sondeo moral a la que se abandona. Se ha reconocido soldado, y ahora, en cuanto roza el medio en el que ha de obrar, se reconoce soldado francés. Al partir para

el desierto se decía ya: "Es Francia quien me ha dado, a mí, humilde teniente, esta inmensa comarca, como un parque en el que recrarme y triscar, ir y venir, a mi antojo y como al azar de mi solo deseo". Y en seguida añadía: "Pero él, Maxencio, no experimentaba gratitud alguna hacia la patria". Grito singular y que sería blasfemo si este Viaje del Centurión no constituyera también un descubrimiento de Francia. Como muchos jóvenes de su generación, Maxencio no ha visto, a su entrada en la vida, sino un limitadísimo sector de su país, ni ha observado sino costumbres momentáneas. Ha confundido Francia con París; menos aún, con algunos círculos de París cuyo aparente refinamiento intelectual apenas disimula su profunda indignancia.

En todas partes ha advertido la falsedad de las apariencias, la impostura y el vacío. Y he aquí que en Mauritania ante el imperio colonial conquistado por sus camaradas, adquiere este oficial la evidencia de la superioridad de su raza. Siente que forma parte de un gran pueblo. Siente también que tiene ante sí un pueblo diferente. ¿Diferente? ¿Y por qué? Por su religión. Por vez primera, se da cuenta Maxencio de que todavía hoy, Francia en presencia de Africa, es la Iglesia en presencia del Islam, la Cruz erguida ante la Media Luna. "¿Qué importa que Maxencio esté triste o sea perverso? Es el enviado de la potencia occidental. Veinte siglos de cristiandad le separan irremediamente de los moros. Y la potencia cuyo emblema ostenta es la que ha reconquistado las arenas del poder del Islam y la que lleva la inmensa Cruz sobre sus espaldas. Es la potencia cristiana". Advertid cómo al ahondar en el análisis de su oficio de soldado, descubre este soñador, en las profundidades de su ser, al cristiano, y ved al mismo tiempo por qué íntima necesidad las dos novelas —la de la batalla y la de la oración— se encuentran y se unen. Recordad ahora los relatos de aquellos que en este mes de noviembre de 1915 retornan de la línea de fuego, y la solemnidad de las misas en las trincheras. El Centurión del Viaje no ha hecho sino descubrir en sí, antes que otros, al Cruzado, prefigurado en todos aquéllos que visten el uniforme francés. Unos, como Psichari, tienen conciencia de él. Los demás ignorarán hasta el fin este carácter rústico de su propia acción. Pero el Cruzado se halla vivo en todos y explica por qué la guerra entendida a la alemana nos causa un horror que hace vibrar de indignación hasta nuestras fibras más secretas. Es que somos los soldados de la Cristiandad y tenemos frente a nosotros los soldados de Odín.

Llegado a esta fase de su reflexión, el autor, del Viaje hubiera podido detenerse. El punto de vista nacional es una variedad del pragmatismo. Sabido es que esta palabra —derivada de griego, relativa a los negocios, a los hechos— sirve para designar hoy en día, una apologética fundada únicamente en la utilidad. Ciertamente es, en efecto, que la verdad no tiene su utilidad por medida; pero no es menos cierto que la utilidad constituye siempre una presunción de verdad, de suerte que el pragmatismo, erróneo como filosofía definitiva, es muy legítimo como método y comienzo de investigación. No es sino la aplicación del precepto sobre los falsos profetas: "Un árbol malo no puede dar buenos frutos. En sus frutos los reconoceréis". Es ésta una primera etapa a la que un alma sinceramente religiosa no puede limitarse. La acción no le basta. O, mejor, no es para ella sino un símbolo de una realidad espiritual que esta alma tiene necesidad de alcanzar. Ernesto Psichari lo declara así categóricamente. Su Maxencio afirma con energía que "ante el árabe, es él un franco, con la certidumbre de su raza consagrada para siempre. Y su orgullo ante el moro, ¿qué podría ser sino un orgullo católico?". Pero su historiador, su hermano, agrega en el acto: "En su más profundo interior perdura aún un sombrío tormento. Dejad que los débiles se alimenten de los más nobles sueños. El quiere, con violencia, la verdad. Poseído por la noble embriaguez de la inteligencia, su fiebre intelectual le impulsa hacia la verdadera razón, hacia la serena seguridad de la razón bien fundada. Pide, ante todo, que Jesucristo sea verdaderamente el Verbo de Dios, que la Iglesia sea, con toda certidumbre, la guarda infalible de la verdad..."

Llegado aquí no puede sino remitir al lector al texto mismo. Las páginas en que Ernesto Psichari relata el diálogo de Maxencio —su diálogo— con Dios, en el desierto, recuerdan por su elocuencia y su elevación el célebre Misterio de Jesús. A mi juicio, deben incluirse entre las más bellas de que nuestra literatura mística puede enorgullecerse. No busquéis en ellas más razonamientos abstractos, más dialéc-

tica ni más exégesis que el cuarto libro de la Imitación. - La verdad que Maxencio busca no es una verdad de escuela. No se aprende en las bibliotecas ni en los laboratorios. Es una verdad viva, que es necesario sentir al mismo tiempo que se la comprende. Es una relación del Alma con el Pensamiento, el eterno Amor y el eterno Poder. Leyendo este magnífico final me he explicado la exclamación de Ernesto Psichari en una carta que me dirigió desde su guarnición de Cherburgo, en 1914, cuando se hallaba dedicado a terminar el Centurión: "Estremece escribir en presencia de la Santísima Trinidad". Frase singular de un joven novelista a un hermano mayor en las letras y reveladora de lo que este nieto de Renán quería que fuese el arte literario, un apostolado de sublime sensibilidad, un pan de vida para los corazones, una excitación a la virtud del Sacrificio cruento en vísperas de una crisis que presentía trágica. Este libro póstumo es como el testamento de un alma grande. Afirmando, simplemente, que El viaje del Centurión se halla en perfecta armonía con la muerte de su autor, creo haber tributado a Psichari el homenaje que él hubiera preferido. Nos hallamos, en efecto, ante dos actos de fe muy semejantes e íntimamente ligados uno a otro. El héroe cristiano nos hubiera prohibido llorarle "como lloran aquéllos que carecen de esperanza". Mas ¿cómo obedecerle y no dejar correr nuestras lágrimas impotentes ante esta noble promesa truncada?

—Párrafos finales de El Viaje del Centurión.

POR estos días tuvo Maxencio el capricho de visitar el pozo de Mayateg, al que aún no había llegado ningún francés y cuyo nombre no constaba siquiera en los mapas. Una clara mañana, hacia las diez, llegó a un extenso descampado, cuyo suelo, cubierto por una especie de quebradiza película, crujía bajo los pies de los camellos. A la izquierda se alzaba una duna cubierta de raquíticos matorros. ¡Lugar trágico! ¡Naturaleza enemiga! Las negras bocas de los pozos se abrían próximas, formando un amplio semicírculo. Maxencio sentía la inquietud de una de aquellas crisis en que todo comienza de nuevo —las cosas y nosotros mismos— y vivía el drama de la exacta repetición, la implacable restitución de las horas análogas. Un bostezo contrasu rostro. El guía le llevó hacia los pozos. Todos estaban secos, menos uno, en el que, a poca profundidad, se estancaba un agua negra. El ambiente parecía de plomo y del calor emanaba una exhalación salvaje...

—Tengo sed —dijo Maxencio—. Sácame agua.

“Pero al volverse, vió al guía, que haciendo un gesto de repugnancia le señalaba algo sobre la tierra: un cadáver medio sepultado entre la arena. La carne, descompuesta ya, faltaba a trozos. Girones del vestido yacían diseminados sobre el suelo.

—Este hombre —dijo el guía— fué encontrado hace unos días en el fondo del pozo. Se cree que venía del Regueiba. Sin duda, llegó aquí desfallecido de sed, y para beber antes, descendió al fondo del pozo, donde lo sorprendió la muerte. Gentes de Uaddán, que pasaron por aquí, retiraron el cadáver y lo enterraron apresuradamente en una fosa poco profunda, de manera que los chacales han podido desenterrarlo y destrozarlo.

“¡Sorprendente aparición! ¡Pobre viajero descalzo de pie y pierna! Solitario y obstinado ha caminado, días y días, a través del perverso desierto. Ha franqueado los círculos del horizonte renovados sin cesar, con su pensamiento tendido hacia este pozo que era necesario alcanzar. Por fin, vencedor en su gigantesca lucha con la arena, alcanza el manantial tan anhelado y va a revivir. Pero no; es ya demasiado tarde. El desierto maldito no renuncia a su presa.

“Maxencio, de pie en aquel ambiente irrespirable, contempla el cadáver. “¡Oh tierra de muerte! —gime— ¡Pueblo esclavo! ¡Raza doliente!” Después, volviéndose hacia el árabe, añade, “¡Vámonos! Quiero llegar a Uaddán antes de que el sol se ponga”.

“Bajo las palmeras de Uaddán la sombra es humanitaria y dulce. Maxencio quisiera reposar, reposar allí hasta la muerte. Pero una dura flecha le ha traspasado; le ha herido la aguda punta de la piedad y permanece inmensamente erguido por encima del dolor de la tierra, amarga la boca y fijos los ojos en su propio dolor. Hasta donde alcanza su vista no ve sino la muerte y la derrota. En las ruinas de Uarán, en el osario de Mayateg, por todas partes le ha perseguido la sombra y la

locura estéril del Islam. Y, el mismo, ¿quién es sino el vencido y el maldito, quien sino aquel mismo hombre que, habiendo atravesado el desierto, tenía sed, aquel pobre muerto que había tardado demasiado en su camino? Y la voz interior brota en él con las lágrimas:

“Sí: compadezco a los abandonados y a los tristes... Pero nosotros, ¿qué hemos hecho nosotros, a quienes el Padre ha bendecido; nosotros los hijos de su elección? ¿Qué responderemos cuando el Juez nos diga?: Os he dado la más dulce de las tierras y habéis sido mis preferidos. Os había dado mi Francia muy amada y os había designado como herederos de mi palabra. En vosotros pensaba cuando el sudor de Gethsemaní bañaba mi cuerpo y a vosotros os llamé antes que a nadie. —No hay nada que no haya hecho por vosotros, porque a nadie he amado más. Y sois vosotros, vosotros a quienes yo había escogido entre muchos...” ¿Qué hemos hecho, Dios mío? ¿Qué deseo nos ha subyugado? ¿Qué lepra nos ha roído? —Es verdad, Señor, hemos velado cuando entrábais en la agonía. Pero vednos; gemimos en la vergüenza y en la contrición, y acudimos a Vos, tal como estamos, llenos de lágrimas y de manchas. Lo hemos perdido todo, y nada poseemos, pero todo lo que nos queda, ¡oh Dios mío!, os lo damos. Todo lo que nos queda: nuestro corazón roto y humillado. Sois más fuerte que nosotros, Señor; nos rendimos. Os rogamos humildemente, como nuestros padres os rogaron. Mendigamos miserablemente vuestra gracia, porque no podemos obteneros si no es de Vos mismo...

“Esto es todo. Maxencio no piensa más. Su cabeza le cae sobre el pecho. Como el mar se retira en el reflujo hasta lo más lejano de la playa, así ha huido todo ante este hombre que no siente ya sino el espacio de su alma desmesuradamente agrandado. Todo ha huido, nada existe ya; la inmensa espera, se ha adueñado del mundo. El viejo luchador se abandona, cae de rodillas, esconde su rostro entre las manos y dice en voz baja, como el caminante agotado de fatiga después de la jornada:

“—Dios mío, os hablo, escuchadme. Todo lo haré por conquistaros. Tened piedad de mí; Dios mío, sabéis que no me han enseñado a invocaros. Pero os digo como vuestro Hijo nos ha dicho que os digamos, os digo con todo amor, como mis padres os dijeron en otro tiempo: “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...”

“Oh lágrimas que sois la tercera Bienaventuranza, lágrimas de alegría y de paz, lágrimas de los nuevos encuentros de los comienzos; corred sobre ese rostro doloroso! Prestad vuestro auxilio a esa trémula voz y a esos labios vacilantes. No saben —tan nuevas son estas palabras para ellos—, y sin embargo, desde el fondo de las edades, desde el fondo de la eternidad, acude la Palabra maravillosa traída por la paloma del Espíritu. Y la voz se hace más fuerte y más apremiante:

“El pan nuestro e cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.

“¡Cuán bella es la primera plegaria! ¡Cuán bendita y preciosa al Señor! ¡Con qué gozo no la escuchan los Angeles del Cielo! Vamos, pobre hombre, levántate. Jesús no está lejos. Va a venir; ya no puede tardar. Contempla con tranquilidad la tierra de la reconciliación y la noche de tu consuelo. Vuelve a tu camino. Espera con toda la plenitud de tu corazón y con la fuerza de tu nueva edad, y el resto te será dado por añadidura...”

“Pues qué, Señor! ¿Es, en verdad, tan sencillo amaros?”

E r n e s t o P s i c h a r i